

una vez con la mirada severa de un maestro! Por primera vez se le presenta tambien en el mismo instante la idea de la desdicha. Al ménos si estuviese allí su madre, si le viese, si lo alentase. Pero la separacion es completa; se le aparta de la más suave influencia, de una influencia que nada en el mundo es capaz de reemplazar; á un niño cuyo géneo no se ha desarrollado todavía sino para inventar nuevos juegos, á un niño que se verá amado, acariciado, libre como los pájaros escudidos entre las ramas, se le deja solo, se le deja esclavo; ya no le animan las miradas de su madre; de noche se acuesta sin abrazarla, sin verla; por la mañana se levanta, sin oír aquella voz amiga que lo llamaba á la oracion, no está allí para rezar con él; ha dejado de guiarle, de inspirarle; ha cedido sus más sagrados derechos, sin considerar que son deberes. ¡ Es, pues, cierto, pobre niño, que todo el mundo te abandona! pasarás meses, tal vez años sin volver á pisar su suelo: entonces tu razon tendrá otras afecciones; despues, cuando llegue la hora, volverá á entrar en ella corrompido, indiferente, cediendo á perder el espíritu por los estudios del Colegio y encenegado tu corazon en los vicios que habitan en él.

El ayo por excelencia es aquel á quien llaman maestras inclinaciones; menester es que el discípulo entienda al maestro; todo en sus relaciones ha de ser conveniencia, ternura y proporción: así es como la naturaleza coordina la madre é hijo. Observad con que cuidado los aproxima por su belleza, la gracia, la juventud, la ligereza de espíritu y sobre todo por el corazon. Aquí la paciencia de la madre responde á la curiosidad del niño, la dulzura de aquella á la severidad de éste; el pedantismo del uno no desdeña jamas la ignorancia del otro: no parece sino que los dos entendimientos crecen juntos, tanto rebaja el amor la superioridad de la madre; en fin, el espíritu frívolo, la inclinacion al placer, el gusto por lo maravilloso que tan irreflexionadamente vituperamos en las mujeres, es una armonía más entre la madre y el hijo; todo los aproxima, sus consecuencias y sus contrastes; y ese reparto que ha hecho la naturaleza de la dulzura, de la paciencia, de la vigilancia, nos indica viva y amorosamente á quien ha querido confiar nuestra debilidad.

En general no nos detenemos suficientemente en observar que los niños no entienden sino lo que ven, y no comprenden sino lo que sienten; en los niños el sentimiento precede siempre á la inteligencia: así es que todas las influencias felices, son de aquel que les enseña á ver, de aquel que despierta su ternura. La virtud no sólo se enseña, sino que se inspira y consiste particularmente en el talento de las mujeres; las mujeres nos hacen amar lo que desean, medio admirable por cierto de hacérselo querer.

Pero un príncipe, un rey, ¿ que aprenderán de una mujer? Lo que San Luis aprendió de Blanca, Luis XII de Maria de Cleves y Enrique IV de Juana de Albret. De sesenta y nueve monarcas que han ceñido la corona de Francia, sólo tres han amado al pueblo; y cosa notable: ¡ los tres fueron educados por sus madres! Direis que los elevados pensamientos de la política exigen intérpretes más sabios, que no será de mas encargar la instruccion del Delfín á un Bossuet, elegir á un Montantsier para dirigirlo: convengo, lo quiero tambien si es que se hallan algunos Bossuet y algunos Montantsier; y sin embargo, me arredra una educacion que ha podido inspirar el prodigioso discurso sobre la historia universal; me parece que tan sublime lenguaje habia de dar un vacío en el cerebro de una criatura tan débil, que es imposible no turbase su razon: y mientras leo una página que me deslumbra y me enajena, no acierto á dejar de echar á ménos para el niño las historias de la señorita Bouue y de Lady Sensée.

## MORAL.

Cien cuentos morales para los niños  
por O. SCHMID.

## XVI.

## LA PLANTA PRECIOSA.

Das criadas Brígida y Nicolasa caminaban juntas hácia un pueblo llevando cada cual sobre la cabeza una pesada cesta con fruta.

No cesaba en todo el camino Brígida de quejarse y de suspirar, y Nicolasa por el contrario iba alegre, contenta y chanceándose.

Brígida dijo:

—Mujer, ¿ cómo puedes reírte con tanta gana? tu carga es al ménos tan pesada como la mía y no eres mas fuerte y robusta que yo.

Nicolasa la respondió.

—He echado encima de mi carga, cierta planta que me la hace más ligera, y si quieres seguir mi consejo has tú otro tanto.

—Con mil amores, contestó Brígida, debe ser una planta preciosa, y de muy buena gana no sólo lo que daría por proporcionármela á fin de aligerarme mi carga. ¿ Dime, por Dios dónde has podido adquirirla y cómo la llaman?

Nicolasa respondió:

—La planta preciosa que tiene el poder de aligerar todas las cargas, se llama paciencia.

A los males de la vida  
Que es imposible evitar  
El remedio es, la paciencia  
Para saberlos llevar.

IMPRESA DEL ESTADO.

1031